



AÑO XXII.—NÚM. 6345

7 DE AGOSTO DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Lunes 7 de Agosto de 1882.

La decadencia de España

desde mediados del siglo XVI

A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII

XXXVIII

La protección decidida que Felipe II prestaba á Maria Stuart tuvo sus naturales resultados en el ánimo de Isabel de Inglaterra; ésta, envidiosa ya de su hermosura, unió á sus celos de muger sus agravios de reina; entre una y otra habíase abierto una sima que debia llenarse con sangre, y esta fué la de la infortunada reina de Escocia. Maria Stuart subió al cadalso con la resignación de una mártir, inclinóse sobre el tajo, y el verdugo hizo rodar, de dos golpes aquella magnífica cabeza, admirada de los artistas, y envidiada de los reyes.

En su testamento dejó á Felipe II por heredero de sus derechos al trono de Inglaterra, contra los de su propio hijo, á quien consideró excluido de ellos por haber abrazado el protestantismo, pero más que en el legado de Maria Stuart, fundaba el monarca español sus pretensiones á aquella corona en los derechos que tenia de las dos hijas de Juan de Gaunt, duque de Lancaster, tercer hijo de Eduardo III, de las cuales una habia casado con un rey de Castilla, y la otra con un rey de Portugal.

Con todos estos derechos, y su sed de venganza, se armó Felipe II para derribar á Isabel del trono de Inglaterra, para lo cual contaba con la ayuda del partido católico de aquella nación que lo miraba como un libertador enviado por la Santa Sede para destruir el reinado de la herejía. Todos los puertos de España y de la Italia española se pusieron en actividad para la guerra. En Flandes se taló el bosque de Waes para la construcción de buques, y los innumerables canales que cruzan aquel país estaban cubiertos de bateles de fondo plano, propios á servir de transportes para la invasión proyectada. Los arsenales de Newport, de Amberes, de Gravelines y de Duikerque estaban llenos de materiales destinados al equipo de los buques, y no se encontraba en los caminos más que soldados que se dirigían de España, de Italia y de Alemania al punto de reunión. Cuando el duque de Parma pasó revista á sus fuerzas, todavía pudo contar después de surtidas las guarniciones de la provincia de Flandes, con un ejército de treinta mil hombres de tropas veteranas, que reunidas á las de España podrían haber hecho llegar á sesenta mil el ejército de invasión.

De todos estos gigantescos preparativos nació la *Invencible*, armada la más numerosa y formidable que pueblo alguno habia puesto hasta entonces sobre los mares. Su destino no era otro que invadir la Inglaterra, proyecto que no por atrevido, hubiera quedado ilusorio, si la providencia en sus inescrutables designios no lo dispusiera de otro modo. Componíase la flota de ciento cincuenta bastimentos de guerra que llevaban ocho mil marineros y veinte mil soldados, montando dos mil seiscientos treinta cañones, y habíase confiado su mando al esperto marino marqués de Sant Cruz.

La muerte de este bizarro general en los momentos mismos de la partida de la flota del puerto de Lisboa pudo considerarse como un fatal augurio, cuyas primeras señales se manifestaron por un furioso temporal que le asaltó á poco de la salida, que ocasionó su dispersión en toda la extensión de la costa de Galicia en la cual ocho navios se estrellaron sobre las rocas. Rehecha en la Coruña volvió á hacerse á la mar y pudo llegar sin contratiempo á la vista de Portsmouth. El consejo de los capitanes fué atacar á la escuadra inglesa que acababa de dejar el puerto para ganar la alta mar, pero el duque de Medinaceli, jefe de la flota, fiel á las instrucciones que llevaba de no empezar las hostilidades sino despues de haber desembarcado en las costas de Inglaterra el ejército de Flandes, siguió adelantando lentamente con sus fuerzas, que abrazaban, en forma de media luna, siete milas de extensión. «Era, dice Lingard, un espectáculo magnífico, imponente; la magnitud de los buques, la construcción extraordinaria de las galeazas, sus proas y sus castillos elevados, y su movimiento pesado y magistoso, llenaban á los espectadores de admiración y de temor.»

No obstante, los resultados de esta empresa vinieron á demostrar que la victoria no siempre depende del número ni del valor; la astucia inglesa, ayudada por los elementos, á punto estuvo de acabar con todo aquel formidable armamento. De él, solo cincuenta y tres buques volvieron á los puertos de Vizcaya; los demas habian bajado al fondo del mar arrojando con sus numerosas tripulaciones sobre catorce mil soldados.

Solo el rey, con aquella grandeza de ánimo, fué el único que se sobrepuso al sentimiento universal «Os he mandado á luchar con los hombres contestó al duque de Medinaceli al comunicarle el mismo su derrota; no contra los elementos.» ¡Lastima que alma tan grande no tuviese por compañero el buen juicio! «Doy gracias á Dios, decía, por haberme dado recursos para soportar esta pérdida;

se ha cortado una rama, pero el árbol aun está frondoso, y puede pasar sin ellas, ¡Van! ¡usón! las pérdidas materiales podian repararse; pero en la parte moral ¿que podria hacerse para revivir el marino español aquel espíritu de confianza que les llevara de victoria en victoria hasta hacerle arbitro de los mares? El golpe fué doblemente funesto para la España pues á la vez que anonadó para mucho tiempo su poder marítimo, sirvió para engreír á su rival hasta tomar contra ella la ofensiva viniendo á provocarla á sus mismas puertas y aqui empieza la preponderancia marítima de la Inglaterra.

Con efecto, al año siguiente se vieron sorprendidas las costas de Portugal por una escuadra de doscientas velas, con una fuerza de veinte mil soldados y marineros, con objeto de arrancar este reino de la dominación española y darle por rey al príncipe Antonio. ¡Admirables efectos de la ley de la espaciación! Las aguas de Sicilia, de Nápoles, de Andalucía y de América, anchos campos fueron de emboscada de la codicia inglesa, ya espiondo á los buques mercantes españoles para apresarlos, ya cayendo por sorpresa sobre los pueblos indefensos. Así es como saquearon á Nombre de Dios y Portobello.

Mientras Felipe II ordenaba armamentos en todos los puertos de su reino para castigar tales agresiones, una flota inglesa salida de Plymouth, se vino sobre Cádiz, obligado, tras rudo combate, al almirante Diego de Soto mayor á incendiar trece bastimentos de su escuadra y once buques que se hallaban cargados para las Indias. Y no fué esto lo peor, sino que entrando despues en la ciudad la entregaron al pillage, llevándose hasta las campanas de las iglesias, las puertas y las rejas de las casas, dieron fuego á los conventos y á los templos, é impusieron á los habitantes una contribución de guerra de ciento veinte mil ducados. Nuestros historiadores fijan en quinientos mil las pérdidas que sufrió Cádiz en esta ocasión: los ingleses la hacen ascender á veinte millones, tambien de ducados.

De todos modos, semejante pirática agresión, ejercida contra el primer puerto militar de España, reveló á la Europa el secreto de la debilidad en que aquella habia caído. El gobierno tuvo incógnita por muchos dias la noticia, y el príncipe D. Felipe fué el primero que la hizo llegar á conocimiento de su padre. Este juró públicamente vengar su honor, pero no contó con la adversidad de la suerte que ha tiempo se le mostraba ceñuda. Una numerosa flota que puso al mando del almirante de Castilla fué dispersada y desecha por una tempestad, ya casi

tocando las costas de Inglaterra. Esta fué la última tentativa de Felipe II contra la Gran Bretaña, empresa que concluyó de arruinar la marina española.

No obstante tan tremendos reveses, todavía su viejo cerebro se recreaba pensando en aquel trono, que ahora quería para su hija doña Maria, para lo que solo esperaba á la muerte de la reina Isabel á quien miraba, por su ancianidad, cercana al sepulcro.

MANUEL GONZALEZ.

EGIPTO.

Segun periódicos extranjeros las tropas egipcias debido á la precipitación con que han sido organizadas ofrecerán poca resistencia á los ingleses, y se batirán en retirada si no toman parte con ellas los bedunos. No tienen oficiales tácticos, y únicamente la artillería es buena, pues ¡ha hecho excelentes tiros! El enemigo más formidable que se les presenta á los ingleses es el Nilo, que su extraordinaria canalización, su tará á los ingleses graves obstáculos. De esta manera lo han comprendido ambos contendientes por que los ingleses estudian la manera de vencerlos, y Arabi, levanta trincheras en todos los brazos del Delta, calculando que sus enemigos subirán al Nilo por los brazos de Rosetas y Damietas.

En la posesión de Abukir es el punto en donde los ingleses tienen hoy concentrado todo su interés; punto de suma importancia y que complete su victoria alcanzada con la toma de las posiciones avanzadas de Arabi. El empalme de la línea férrea, no está asegurada hasta que no sea tomada esa plaza.

Los fuertes están armados con cañones Armstrong el de Tewfik tiene diez piezas de diez y ocho toneladas, y cuatro de venticinco, pero estas últimas no están montadas.

Los fuertes serán atacados por el «Inflexible», que lleva dos cañones de ochenta toneladas.

La bahía de Abukir tiene 11 kilómetros de costas; los cinco fuertes que la defienden están unos de otros á distancia de un kilómetro. Uno de ellos tiene murallas de 15 metros de espesor. Defienden además á Abukir dos batallones de tropas regulares y una batería de campaña situados en el camino de Abukir á Rosseta.

Créese que cuando comience el bombardeo, para el cual ya ha recibido instrucciones el almirante Seymour. Talba intentará una diversión atacando á los ingleses establecidos como hemos dicho en Malaha, á fin de facilitar la retirada de las tropas de Abukir.

Ya se conocen las contestaciones de las grandes potencias acerca de que España sea oída y consultada